

ALTER CUBA



**Raúl Aguiar** (La Habana, 1962) es licenciado en Geografía por la Universidad de La Habana. Ha publicado *La hora fantasma de cada cual* (novela), Premio David 1989; *Mata* (noveleta), Premio Pinos Nuevos 1994; *Daleth* (cuento), Premio Luis Rogelio Nogueras 1993; *Realidad virtual y cultura ciberpunk* (Divulgación científica), Premio Abril 1994, y la novela *La estrella bocarriba*, Editorial Letras Cubanas. También ha publicado cuentos en numerosas antologías de Cuba y el extranjero. Es miembro de la UNEAC.

Raúl Aguiar

# ALTER CUBA



De la presente edición, 2016

- © Raúl Aguiar
- © Hypermedia Ediciones

Hypermedia Ediciones  
Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid  
Tel: +34 91 220 3472  
[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)  
[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)

Edición y corrección: Hypermedia Servicios Editoriales S.L  
Diseño de colección y portada: Hypermedia S. E., S.L

ISBN: 978-1523947607

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

En el sueño él de pronto se encuentra en una ciudad muy similar a La Habana, pero no es La Habana. Al parecer es el Día del Trabajador o algo por el estilo y participa en una especie de manifestación pacífica junto a miles y miles de personas que gritan consignas, caminan con carteles y banderas cubanas a todo lo largo del muro del Malecón, por la zona del Vedado, pero tampoco es el mismo Vedado. Sí, está el Hotel Nacional, el Focsa, las principales avenidas sombreadas de árboles, pero faltan los edificios más altos, las torres, los supergráficos publicitarios, las antenas parabólicas.

Despierta y mira el reloj. Todavía siente el corazón bombeando con fuerza como inercia al viento de banderas alegres. Dos de la tarde. Hora de levantarse e ir a trabajar. De nuevo a la rutina, impartir conferencias clonadas a los mismos alumnos aburridos de siempre, horas vacías en la cátedra y sonrisas al jefe. Apenas se viste suena el celular. El importuno de costumbre,

para recabar información fidedigna acerca de ciertos rumores sobre despidos de profesores que acaban por turbar todavía más la resignación del despertar en solitario. Cuando cuelga piensa si no sería mejor tomarse la tarde para vagar sin rumbo y detenerse en algún bar conocido. Mejor no, se aconseja. Ya habrá tiempo después, cuando terminen las clases. «Hoy no voy a revisar exámenes». Se toma su café bajo la reproducción de *La batalla de Guernica* y sale apresurado en busca del transmetro.

En la calle todos juntos, vencedores o vencidos, a veces sonrientes, entregados a disímiles acciones y sin embargo conservan la mente fría, vigilante, tensando la mirada a todos lados para no regalarse al disparo, la explosión, el asalto, el accidente o el rapto. Seguir planificando futuros contra desmayos, miedos y capitulaciones de fe, todos conscientes de jugar hasta el final que será el segundo en que les toque el muro infinito, irreversible. Claro que es mucho menor el peligro si no te encegues de ambición, y también si así lo deciden los dioses, con su extraña diversión de dar golpes aleatorios. «Siempre hemos estado así —piensa—, mala suerte».

El transmetro por fin llega a la parada del Habana Hilton y él se baja y luego asciende la avenida L en busca de la Colina.

Universidad Pública de La Habana. Sube por los costados de la escalinata y la histórica estatua de brazos abiertos le indica que ha llegado por fin al umbral donde se parte en dos el universo. Aquí adentro ya puede respirar aliviada-

do. Aquí es necesario, querido, se le respeta y a veces hasta se le aplaude. Surca la plaza Cadenas y su vista se desliza por las paredes llenas de carteles escritos a toda prisa y grafitis en contra del gobierno de Urquiza y los paramilitares. Entra a la facultad de Filosofía y Letras.

La importancia del maestro no está en la clase absurda que se ve obligado a dictar como si fuera un padre en un colegio de Electras señoritas virginales, todas escuchando inmóviles con el hilo de saliva colgando de la comisura de sus labios lúbricos, está en jugarse o no la plaza diciendo y predicando adaptaciones de un tiempo lleno de mandamientos grises, el maestro es y siempre será —piensa— el perseguido por la tribu de planillas y lineamientos, la horda de los que quieren saber el por qué de ese querer desgarrar el velo con tanto esfuerzo bordado por años de experiencia de tantos metodólogos y estructuralistas de la mente que son los que saben y conocen y sin embargo tú... Viene Felipe, uno de sus mejores alumnos y le entrega un papel con la imagen de algo que parece un arbolito, pidiéndole que lo lea y luego lo firme. Mira la hora, se pone las gafas y comienza a leer. Es una especie de llamamiento en contra de la fumigación en las zonas declaradas reserva natural para erradicar los cultivos ilegales de *Datura*. No sabía que Felipe estuviera en un grupo ecológico, piensa. Luego estampa su firma, más por quedar bien con sus estudiantes que porque lo hayan convencido con la proclama, tal vez demasiado alarmista para su gusto.

Ya en la cátedra, Eduardo siente como la dejadez y el aburrimiento le van cerrando los párpados. *Literaturas germánicas medievales*, sus ojos comienzan a desandar las estrofas leídas y no logra encontrarles significado alguno. Son las dos y cuarenta y tres de la tarde. A las tres y diez debe ir al aula a dar clases.

Con esfuerzo, cierra el libro y lo guarda en el portafolios. Lo dejará para una mejor ocasión.

—Eduardo —oye que lo llaman desde la puerta. Es una colega de Filología—. ¿Tú eres profesor del aula doce?

Un gesto de asentimiento y ella que le informa:

—Ven conmigo, Domínguez quiere saber cuáles son los alumnos con problemas en tu asignatura.

Leve fastidio que no transparenta el rostro y él se levanta, atraviesa los pasillos semivacíos, las paredes llenas de carteles, listas de calificaciones y guías de examen, luego la escalera, otro pasillo y por fin la puerta del despacho del vicerrector. Un breve saludo y al grano:

—¿Cuáles son los alumnos que tienen problemas?

Eduardo observa que Domínguez tiene una lista de nombres en la mesa y se contenta con decir los dos suspensos:

—Alejandro y Víctor suspendieron conmigo.

—Bien, ¿y en cuanto a la disciplina?

—Esos mismos de la lista.

Ya está. El director circula los dos nombres mencionados y pone al lado una F mayúscula. Eduardo aprovecha para encender un cigarro.



—¿Algo más?

Al recibir la negativa regresa a la cátedra. Dos y cincuenta p.m. Ya falta poco. Ante sus ojos se recrea el futuro horrible de tres turnos seguidos, entre ellos tercero y cuarto, los dos últimos, del carajo. Hoy no siente deseos de trabajar. Lunes, el peor día de la semana. Eduardo toma la caja de tizas, los registros y los mete dentro del portafolios. Suena el timbre.

«Grupo 107. Esa es el aula de Alicia, la muchacha que me dio su intento de cuento para que lo criticara. Tengo tiempo todavía. Vamos a ver...».

Las sombras son ojos. Los vivos mienten el sueño de sus muertes. Somos los hijos de un sueño de ciervo, al final del país de Aicila, el llanto de la bestia perfecta felina. Lágrimas-furias, cayendo lentas en cataratas oníricas, envueltas en la caricia del lodo. No llores... Aquí nadie te escucha.

Solemne, el ciervo regresa a la entrada del claro, golpeando sus patas contra los árboles caídos, en cada uno de ellos, flores de plata que brillan a la rojiza luz de una hoguera. El tímido viento del bosque le levanta suavemente las crines blancas y los ojos se mueven nerviosos en busca de su compañero de largo camino nocturno. Eleva a lo alto la cabeza y resopla: «Las sombras son ojos. Los vivos mienten en el sueño de sus muertes».

El cuento sigue por el mismo estilo. Eduardo piensa que Alicia ha leído demasiado Tolkien, pero que tiene potencial de escritora en las venas, claro que habría que...

Vuelve el sonido del timbre, anunciando el fin del receso. Eduardo sube las escaleras en dirección al aula. Aguarda unos minutos a que los estudiantes hagan silencio y luego les da las gracias, saca los libros y comienza su conferencia. Hoy toca hablar del monólogo interior y la corriente de pensamiento. Cita a Joyce, lee fragmentos del *Ulises*, habla de Faulkner y Virginia Woolf. Sabe que para la mayoría de los estudiantes sus palabras son como pregones lejanos pero a él no le importa; realmente habla para los tres o cuatro que realmente escuchan y siente más próximos, muchachos de hormonas todavía selváticas pero de pensamiento hondo y escritura febril, soñando editoriales, con preguntas intentando partir en dos lo indivisible. Es en ese momento cuando ella entra con un leve golpe de tos fingida para llamar su atención. Permiso profesor, susurra, se acerca innecesariamente a la mesa, tal vez con la intención de que le llegue su perfume y luego va a sentarse al fondo de la clase.

Él de pronto descubre que la muchacha es bonita, un poco delgada, sí, pero bonita, y decide discutir el texto con ella cuando terminen las clases. «No creo que haya nada malo en eso, al fin y al cabo eso es también enseñar, ¿no?». Se refugia en la última idea, pero advina que en los ojos de esta muchacha hay algo más, quizás hasta sórdido, aunque muy atrayente a su vez. Bienvenido a la república de los viejos verdes soñando veinteañeras, se recrimina, y trata de desviar la mirada de ciertas penumbras que se avistan debajo de la falda

de la joven, los muslos abiertos peligrosamente, solo para él. Termina la conferencia de la mejor manera posible, pregunta las dudas, orienta los trabajos para la casa y se despide. Antes de salir del aula ella lo atrapa y le pregunta cuando estará libre, desearía escuchar su opinión sobre el cuento. Se citan para las seis en la cafetería universitaria.

El resto de la jornada se va fugaz, repitiendo casi las mismas palabras al contestar las mismas preguntas de siempre, y ninguna es interesante. Tiene que ver con la hora y con que hoy tuvieron examen. Ya todos están fatigados. Suspira de alivio cuando escucha el último timbre que indica el fin de las clases. Recoge su portafolios y se encamina al lugar de la cita.

Ella tarda y Eduardo siente que está a punto de darse de puñetazos, piensa en qué necesidad tienen todas las mujeres de instigar deseo con demora, espera que la espuma de la cerveza baje un poco y se refresca con un trago largo, su memoria se desliza por una decena de rostros femeninos cuasi olvidados y se recrimina porque nunca ha sabido negarse a una petición femenina, siempre en función de luchar contra la soledad cae en extremos ridículos, regala su tiempo y energía por nada, por una sombra, una voz incitante y peor si los designios astro-lógicos conllevan milagrosamente al sexo. Después se ven obligadas a convertirte la vida en un castigo. Por suerte se levanta un poco de viento y revolotean las hojas y él pasa a otros pensamientos más cons-

tructivos. Ya es hora de irse a buscar la paz ansiada entre sus cuatro paredes, al frente del televisor o la computadora, a gastar el tiempo antes de la apacible siesta donde, con suerte, podrá dormir sin esos sueños absurdos de marchas y banderas en una Habana absurda.

Cuando ya está a punto de marcharse lo detiene la voz de Alicia, que viene casi corriendo, jadeante y él de pronto comprende que cielo hay, en todas direcciones. Eso le pasa por denostar a priori. Si creas negatividad, el juego te sale negro. Te pasan la cuenta, por pesimista. Solo hay que creer en ese viejito etéreo que empapa, pero no ahoga. De pronto se siente listo para la eternidad de los sexos.

—Ay, profesor Eduardo, discúlpeme, pero no pude salir antes. La clase era sobre realidad y ucronía, y se alargó más de lo que pensé. Los muchachos hicieron un millón de preguntas.

— ¿Ucronía?

— Sí, el concepto de Umberto Eco. Un tipo de narrativa fantástica. ¿Qué hubiera pasado si lo que sucedió históricamente en nuestra realidad, hubiera sucedido de otra manera?

— Como *El hombre en el castillo* de Philip K. Dick.

— Sí, no lo he leído, pero el profesor Roberto lo citó en la clase.

— Ya. ¿Y a ti te gusta la fantasía, ¿no? Me di cuenta al leer tu cuento.

— Sí. ¿Me puede decir qué le pareció?

Eduardo ofrece su análisis. Mientras habla se deja atrapar por el olor a jardín fresco de la muchacha, aspira su perfume y siente que se le humedecen las palmas de las manos, todavía incrédulo de sus mutuas presencias se descubre nervioso, como si fuera un burdo conquistador adolescente, consciente del privilegio de captar toda su atención, los ojos brillantes, la proximidad casi íntima de sus cuerpos en el espacio, ella asiente en silencio, al alcance de sus labios y él denuesta de intemperies y extraños, de su propia timidez ancestral, hasta que ella busca una rendija en su charla, murmura algo tan incomprensible como «yo escribo para esto, profesor», y lo besa en los labios.

«Envídienme dioses», piensa él eufórico cuando por fin se separan para tomar aliento. Luego, sin saber por qué, recuerda a Tiresias, enceguecido, y les agradece en silencio.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunta a la muchacha y le parece que han estado sentados uno frente al otro desde hace siglos.

—¿Me puedes acompañar a casa? —ella mira su relojito de pulsera—. Todavía debo estudiar para el examen de mañana. Ya es tarde y Felipe está reunido con su grupo de ecologistas.

Eduardo se pone de pie y reprime los deseos de preguntarle a Alicia por el tipo de relación que tiene con Felipe. Calcula cuánto dinero tiene en la billetera. Alcanza para un taxi. En eso pasa el rector, le saluda de lejos y él se separa imperceptiblemente

unos centímetros de la muchacha. Esboza una sonrisa servil y responde al saludo.

—Dale, vámonos de aquí —le dice nervioso a la muchacha.

Esa noche no ocurre mucho más. Otro beso en los labios como despedida y él promete telefonarle para concertar una cita. No, no se verán durante el día, lástima, él debe dar clases en Santa Marta, la universidad católica. Regresa con la palabra «ucronía» dominándole el pensamiento. Ya lo recuerda. El concepto sale en un artículo titulado algo así como «Los mundos de la ciencia ficción». Rápidamente toma su diario, lo abre sobre la mesa y escribe la palabra seguida del nombre del escritor italiano. «Buscar artículo», aclara después. Luego revisa uno de los bolsillos de la camisa, saca la dirección y el teléfono de Alicia y los transcribe en una de las hojas finales de la misma agenda.

Todavía es temprano. Comienza a revisar los exámenes de sus alumnos de la Santa Marta —por suerte quedan pocos por calificar, debe entregar las notas mañana mismo—, y cuando por fin termina, una hora después, enciende la televisión y busca el *History Channel*. Están poniendo un programa sobre instrumentos musicales y él se va a la cocina a preparar la cena. Revisa los estantes pero solo tiene una bolsa con arroz y otra de judías, se hace la imagen de los pequeños granos temblando entre burbujas durante dos horas y opta por un refrigerio —ya será hora de comenzar a hacer dieta para bajar la barriga incipiente, maldición

de los cuarenta—, y prepara un sándwich con fondo de quenás, teponaztlis y cornamusas, hasta que no soporta más —nunca le han gustado las gaitas—, regresa a la sala y zapea un poco hasta dar con un canal de noticias cubano.

*La Comisión de Derechos Humanos adoptó hoy una declaración en la que expresa su «grave preocupación» frente a la situación de los derechos y libertades fundamentales en Cuba y pide al Gobierno que continúe el diálogo y el proceso de negociación con los grupos ilegales armados.*

«Como si eso resolviera algo», piensa Eduardo y devora su sándwich ya sentado en el sofá de la sala.

*Asimismo, destaca los esfuerzos del Gobierno de La Habana por establecer el Estado de Derecho en todo el país, luchar contra la impunidad, el terrorismo y el narcotráfico respetando al mismo tiempo los derechos humanos.*

«Como si los del gobierno no fueran los peores de todos, con los paramilitares y las fuerzas de seguridad apoyándoles el negocio».

Eduardo se levanta y va en busca de una cerveza, la abre y vuelve. Ahora ponen noticias internacionales. Invasión norteamericana a Libia. Bombardeo con NAPALM a los supuestos enclaves de las milicias amazónicas. El mundo se desmorona y esta gente sigue intentando resolver los problemas a patadas.

Piensa en Alicia, recuerda su perfume y lo compara con el de Adriana, aquel carísimo que usó du-

rante tantos años, el mismo siempre desde que él cometió el error de decirle que le gustaba. Adriana... Ayer mismo pudo por fin hackear su correo, puro masoquismo, para enterarse de que su exmujer tenía una nueva relación con un español, un tal César, y en uno de los mensajes le aclaraba cuáles eran los trámites para una invitación en regla. Con la última frase: «Te amo, César, eres maravilloso, contigo he aprendido otra vez a vivir intensamente», Eduardo sintió como se le destejía el universo, la esperanza de una reconciliación escapando de su último refugio de la forma más amarga y él perdiendo toda voluntad de continuar. Se imaginó, de pronto, haciendo equilibrios en las cornisas de cualquier edificio lo suficientemente alto para no tener la menor oportunidad de sobrevivir, una idea que por suerte desapareció rápido, apenas tomó dos sedantes y se recostó tranquilamente en la cama para despertar al día siguiente en el Capítulo II de esta novela grotesca, todavía sintiéndose un perro, pero ya fuera de peligro, por suerte. Y ahora Alicia... No sabe cuánto va a durar la aventura, posiblemente muy poco, pero es reconfortante entregarse al paisaje feliz de una chica tan linda como la nieve, amén de sustituir unos recuerdos por otros recién estrenados.

Ya recuperado en su orgullo, va a la habitación, conecta el despertador y se acuesta a dormir plácidamente. Muy pronto comienza a soñarse en la misma ciudad de siempre.



El sueño esta vez consiste en un grupo de jóvenes desconocidos, vestidos de negro y con cabellos hasta los hombros que, en pleno torneo de agudezas, le dicen adiós a unas muchachas que se alejan en dirección contraria hacia el otro lado de la avenida. Muy pronto reconoce el lugar. Es la avenida de Los Presidentes, haciendo esquina con 23. Lo extraño es que ambas calles solo son de dos carriles, sin la vía central para el transmetro y surcado por automóviles de la década de los 50. «¿Estaré en el pasado?», piensa un instante, pero de inmediato rechaza la idea al descubrir también automóviles de último modelo disputándose el espacio a los antiguos. Los motoristas tampoco usan chaleco con el número de las placas en el pecho y la espalda, como es de rigor. «¿Qué pasa?, ¿habrán quitado la ley?». Y siente un poco de temor por la posibilidad de una vuelta a la época de los sicarios motorizados, pero no, porque se respira un ambiente pacífico y esa situación no parece importarle a ningún alma viviente. De todas formas se siente débil, desprotegido, aún más, cuando uno de los jóvenes se dirige a él, diciéndole algo así como:

—Oye Eduardo, ¿qué coño te pasa? ¿Te has quedado mudo, o qué?

Y entonces comprende que él es uno más de ellos, ha rejuvenecido milagrosamente hasta la adolescencia, unos veinticinco años menos, qué maravilla, y también lleva el pelo largo atado en una trenza. «Pero vamos,

esto es absurdo —piensa—, esto no puede ser real», y entonces descubre que está dentro de un sueño.

—Dale, nos vamos para el malecón —dice el otro y echa a caminar delante de él.

—Oye, espera —Eduardo piensa que no puede dejarlo ir así—. ¿Dónde estamos? —le pregunta—. Digo, ¿en qué año?

—Coñó. Te dio fuerte. ¿Dónde vamos a estar? En el Vedado. ¿Cuántos pacos te tomaste?

—Dime, ¿en qué año estamos? —insiste.

—En el 2007, viejo, no jodas más. Dale, vamos.

Concuera. O sea, que no es el pasado. Echa a andar en pos del otro. Ahora tiene deseos de preguntar miles de cosas.

—¿Y de quién es la estatua esa?

—Asere, ¿de quién va a ser? De Allende.

—¿De Allende?

Por lo que él recuerda, en ese lugar había un busto de Eduardo Chibás, el primer presidente por el Partido Ortodoxo, uno de los pocos que intentó acabar con la corrupción. Como la vez pasada, algunas cosas concuerdan, otras no. La diferencia esta vez es que se trata de un sueño autoconsciente. Y si todo es un sueño, entonces puede hacer cualquier cosa que desee. Como volar por ejemplo.

Da un saltito pero no pasa nada. La fuerza de gravedad sigue portándose exactamente igual que en el mundo de la vigilia. Observa al muchacho. Esa es otra diferencia. Los seres de este sueño parecen completamente reales, igual que las calles, los autos, los edificios. No se ven diluidos ni

fantasmales como las otras veces. La sensación es sumamente agradable, piensa, siempre y cuando se mantenga así y no se convierta en una pesadilla con monstruos, psicópatas o caníbales persiguiéndole con lanzas.

De todas formas se siente eufórico, con la embriaguez de un turista en una ciudad nueva por conocer, aunque esta no sea tan alta ni con tantas luces como su homóloga en el mundo real. Aquí, una estatua ecuestre.

—¿Quién es?

—Bolívar.

—Muy bien.

«Muy bueno eso de tener una estatua de Bolívar aquí —piensa—, sustituyendo la de Prío, ese descarado».

—¿Y esta avenida es Línea?

—Sí.

—Menos mal. ¿Y aquí no había una iglesia grandísima de Cienciología?

—Nunca.

—¿Nunca? Qué raro.

Continúan bajando en dirección al mar. Es cierto que hay menos esplendor, pero se nota a la gente más segura, sin temor al prójimo. Pasan por el costado del hotel Presidente, que está idéntico excepto en el color y en que no hay lumínicos anunciando el Casino, luego la estatua de Estrada Palma, pero de esta solo queda un par de zapatos, y por fin llegan al malecón. Un grupo de jóvenes está sentado en el muro, o en los bordes del monumento al Maine, conversando a viva voz, jugando con sus amigos a

perseguirse, entre risas, una especie de hermandad rockera de la cual supuestamente él es parte integrante. Su guía le dice que espere y se aleja a saludar a unos conocidos. Eduardo se dedica a observar el monumento, muy poco iluminado, y cuando su mirada llega a la cima descubre que el águila ha desaparecido y ya no sabe ni qué pensar.

—¡Eduardo! —escucha que llaman y de pronto es Alicia, que llega corriendo, lo abraza y se sienta a su lado—. ¡Mira lo que conseguí! —dice eufórica, rebusca en su mochila y saca un cuchillo, que luego resulta una especie de daga medieval—. ¿Te gusta?

Él no logra salir del ofuscamiento. Sí, es Alicia, hasta tiene la misma edad, pero una Alicia en versión punk, con el pelo verde y llena de pírsines en la nariz, orejas y labios. Casi ni se atreve a preguntar:

—¿Alicia?

Ella lo mira un tanto confundida:

—Claro. ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

A él por fin se le ocurre una excusa para salir del atolladero.

—Tomé drogas. Parece que mezclé algunas y ahora tengo un poco de amnesia.

—Qué raro. Pero, ¿cómo es? ¿Qué te sientes?

«La excusa es perfecta —piensa Eduardo—, pérdida de la memoria, ¿cómo no se le ocurrió antes?». Ahora podrá preguntar todo lo que desee.

—Por cierto, ¿qué pasó con el águila que estaba aquí?

—¿Qué águila?

—La del monumento. La que estaba allá arriba.

—¡Ahora sí! —ella mueve la cabeza con incredulidad—. ¿Tú estás hablando en serio?

—Sí, de verdad no lo recuerdo.

—Pero Eduardo, si todo el mundo sabe que al águila la tumbaron cuando triunfó la Revolución.

—¿Cuál Revolución?

Ella se queda en silencio unos segundos, luego sonríe:

—No, no, tú me estás jodiendo. Coño, Eduardo, me lo creí. ¡Qué pesado tú eres!

—Oye, de verdad, que no me acuerdo.

—Ya, ya, no juegues más. No me cojas para eso.

Pero al notar que él sigue callado, ella vuelve a preocuparse.

—¿Quieres ir a un médico? Creo que hay policlínico cerca de aquí.

—No, no te preocupes —trata de tranquilizarla—, estoy seguro de que se me pasa rápido, vas a ver. Tú solo explícame.

—¡Imagínate tú! —ella piensa durante un rato, luego se acerca y le toma las manos—. ¿Por lo menos te acuerdas de mí?

—Sí, pero... ¿qué somos? ¿Amigos o novios?

—Amigos. Buenos amigos —sin embargo, su voz suena triste—. Fuimos novios, pero yo... —ella mueve la cabeza y se sacude el pelo—. A veces es mejor no recordar ciertas cosas. Dale, pregúntame lo que quieras.

—Explícame eso de la Revolución.

—Ya. Primero de enero. ¿Te dice algo?

—No.

—¿Y Fidel Castro? ¿El asalto al cuartel Moncada?

—Tampoco.

—¿Sierra Maestra? ¿Playa Girón?

—Son lugares de Cuba. ¿No?

—Cojones, qué triste.

Ella ahora lo mira con lástima, sin embargo él miente. En el mundo real, su mundo, la Sierra Maestra, así como las otras cordilleras, el Escambray, la Sierra de los Órganos, hasta los bosques del cabo de San Antonio se han convertido en un campo de batalla entre los traficantes y cultivadores de *Datura*, los guerrilleros y el ejército gubernamental. Esta guerra ya lleva cerca de 40 años, desde que se descubrió la maldita planta de flores violetas, *Datura cubensis*, en aquel momento endémica y a punto de extinción total y de pronto, a partir de las invasiones hippies de los 60, la droga asombrosa, número uno en el mercado *underground*, superando ampliamente otras sustancias menores como la coca o la heroína.

Claro que Eduardo no le cuenta nada de esto a Alicia. ¿Para qué? De todas formas, aunque solo se trate de un sueño. quiere encontrarle cierta lógica a todo lo que dice la muchacha.

—¿De verdad no quieres ir al médico? —insiste ella—. Cada vez te veo más pálido.

—No, mejor sígueme contando. Una Revolución. Es difícil creerlo. ¿En qué año?

Alicia enciende un cigarro, aspira una bocanada y contesta: «1959».

Ahora se siente un poco mareado. Recorre el lugar con la vista y descubre que todo el paisaje ha comenzado a difuminarse en una especie de niebla rotatoria y gris, el vórtice de un ciclón. Lo asalta el vértigo, como si de pronto estuviera al borde de un barranco infinito.

—¿Qué te pasa? ¡Eduardo! —grita ella con una voz que parece hueca.

Intenta concentrarse en la piedra mármol del monumento y cuando va a hablar nota que el rostro de la muchacha se va haciendo cada vez más transparente hasta desaparecer en una oscuridad total...

### 3

Despierta y Radio Reloj lo saluda brutalmente, lacerando de noticias sus oídos. Un locutor grazna acerca de otro asesinato, con parloteo de pájaro incansable.

*Maria Claudia Torres, fiscal de Jaimanitas, fue asesinada en la noche del viernes a las puertas de su domicilio en Miramar, —y a él le parece haber leído ese nombre en los periódicos, otro ser que se irá a surcar las sombras por cuenta de un desconocido con arma de fuego—. La fuente indicó que el crimen tuvo lugar en Marianao, cuando la víctima aparcaba su vehículo particular en*

*el domicilio* —con gran esfuerzo de voluntad Eduardo mira la hora y se levanta de la cama—. *Precisa la Policía Metropolitana de Marianao, que el asesino huyó a pie del lugar del hecho.*

Él piensa, casi desesperadamente, que estos crímenes están ocurriendo todos los días. Fue una mala idea eso de despertarse con las noticias nacionales. Entonces, cuando ya está en el baño, recuerda que soñó. Un sueño raro, la misma fantasía de otras ocasiones, pero esta vez mucho más vívida, con diálogos, una extraña coherencia lógica y hasta la presencia de Alicia. Una especie de Cuba alternativa en la que sería mejor no vivir. ¿O sí?

La pasta del dentífrico sabe a manzana y al cepillarse da una sensación como de arenilla en los dientes. No llega a ser desagradable, pero para la próxima comprará otra marca. Y también algo para las canas. Hoy cumple cuarenta y dos años. Siente nostalgia por las edades perdidas y los amigos ausentes. La mayoría de ellos se largaron cuando imperó el último régimen militar, otros desaparecieron sin dejar rastro, los sobrevivientes decidieron enterrar la ideología e identificarse con cierta lógica nihilista, la vida aplicada al consumo como objetivo primario, y al demonio los fusiles y aquellos vientos de banderas. ¿Cómo habría sido Cuba si hubiera triunfado una Revolución? ¿Peor? ¿Mejor? Ucronía. Debería anotar esos sueños, mucho más ahora que han aparecido elementos concretos. Por suerte todavía los recuerda. ¿Qué nombres había dicho la Alicia del sueño? «Fidel Castro», «Moncada», «Playa Girón».



Todavía sin vestirse apunta los nombres en el diario. «Preguntar o buscar en Internet», escribe.

Santa Marta, como toda universidad privada construida en los últimos años, parece un hotel cinco estrellas, con piscinas, campos de pelota, fútbol y tenis, para estudiantes de altos ingresos, futuros gerentes y abogados. Aquí *Revolución* es una mala palabra, su sola mención ya atraería el fantasma del despido, más aún cuando los patrocinadores no tienen muy claro el por qué de darles un curso de literatura. Según rumores, tanto dinero derrochado —hay un lago central con carpas y cisnes azules, de mil dólares cada uno—, solo puede provenir del narcotráfico. Eduardo imparte sus conferencias ante el mutismo habitual de sus alumnos, todos chicos bien, sin contradicciones de ningún tipo con el sistema.

Cuando llega a la cafetería para comprar cigarros, encuentra dos muchachos peleando. —¡Porque esos libros eran míos y nada más que míos! —grita uno de ellos.

Llegan los profesores y se aclara la situación. Son hermanos y mantienen una relación bastante competitiva. Este tipo de peleas es bastante inusual aquí. Podría provocar la expulsión instantánea, si no fuera porque son los vástagos de un patrocinador importante.

Suena el celular y es Ramón, profesor de Historia en la universidad del Este, antiguo colega de la Colina.

—Oye, Eduardo, hace meses que no sabemos nada de ti. ¿Dónde te metes?

Conversan un rato. De pronto Ramón recuerda su cumpleaños.

—¿Cuántos cumpleaños, treinta?

Eduardo suspira:

—Ojalá.

Entonces su amigo le invita a pasar por su casa para celebrar.

—No me hagas esto, viejo —protesta cuando él intenta negarse—, me dijiste la última vez, delante de Estela, que vendrías a conocer al bebé. No admito excusas.

Eduardo le explica sin muchos detalles lo de su cita con Alicia.

—Tráela. Así la conocemos.

Él termina por aceptar y luego recuerda:

—Oye, Ramón, ¿me puedes ayudar con algo de historia? Es para una investigación.

—Claro. Lo que quieras.

—¿Te dice algo el nombre de Fidel Castro?

—¿En qué época?

—No estoy seguro. Década del 50.

—Me suena. Vamos a hacer una cosa. Déjame investigar un poco y cuando vengas a la tarde te digo, ¿te parece bien a las ocho? Así tendremos tiempo de conversar en lo que Estela cocina.

—Ok.

—Bueno, entonces a las ocho.

Apenas cuelga, mira la hora. ¿Ya Alicia habrá terminado? Busca el número en su agenda y llama.

Ella lo saluda alegremente. Está feliz, sacó una buena puntuación en el examen oral. Sí, tiene libre

el resto del día y le parece una magnífica idea eso de encontrarse en un par de horas para ir a almorzar.

—Te paso a recoger.

Ella le dice que esperará en uno de los bancos de la plaza Cadenas.

—Te quiero —dice al despedirse y él de nuevo le agradece a Dios por el regalo.

En esas dos horas, Eduardo recoge el cheque de su salario en Santa Marta y va a cobrarlo al banco. Cien mil pesos, unos 400 dólares. No es mucho, pero sumado al de la Colina que cobrará pasado mañana ya le da para pagar los impuestos, el seguro médico, la mensualidad del apartamento y todo lo demás, sin lujos. Tal vez dentro de cinco años podría comprarse un auto o una motocicleta, y si se aprieta bien, hasta un viaje a Nueva York o España. Habrá que imponerse una norma de gastos y comenzar a ahorrar, o conseguir otra fuente de ingresos. Pensando y soñando le preguntará a Ramón si hay alguna plaza en su universidad para profesores de literatura. Por lo pronto, ir a buscar a Alicia, luego definirá a dónde llevarla.

Terminan en un pequeño restaurante *ciberpunk* cerca de Miramar. El ambiente es una copia fidedigna de los escenarios de *Blade Runner*. Música suave de Vangelis. El aire acondicionado al máximo, como para morirse de frío. Ella, entre un bocado y otro, vuelve a mencionar a Felipe

—En agosto nos marcharemos de vacaciones a Puerto Rico.

Al notar la mirada rara de él, Alicia le aclara:

—¿No lo sabías? Somos hermanos. De padres distintos, claro, por eso tenemos apellidos diferentes pero vivimos juntos.

Eduardo de pronto siente como el corazón se le alivia y entonces, con los huesos casi congelados y entrechocar de dientes, se atreve a invitarla a su apartamento. Ella solo sonrío y asiente con un gesto.

En las avenidas, la eterna estampa de la desolación. Gente pobre, afluencia de los suburbios, que vienen al centro a ganarse la vida buceando entre la basura algún objeto para revender, limpiando ventanillas de autos, o si no, como mercaderes ambulantes de cigarros, chicles, periódicos o cualquier tipo de baratija. En cada semáforo varios negritos hacen juegos malabares sin importarles el peligro, actos difíciles y no muy bien ensayados, vigilando el cambio de luz en los postes para pedir limosna a tiempo antes de que vuelva la verde. Alicia llama a uno de los negritos y le da unas monedas. Eduardo de pronto se siente miserable y en el próximo semáforo hace lo mismo. «Claro que esto no basta para irse a dormir tranquilo», piensa.

—Este país es un cementerio de vivos. —murmura el chofer del taxi y Eduardo se sorprende por lo certero de la metáfora.

Eduardo abre la puerta e invita a pasar a la muchacha.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta.

—Sí, hazme un Cubalibre.

Ella se pone a observar los cuadros, adornos y letreros de las paredes. Él pone el equipo de música y se va a la cocina en busca de la bebida.

—*Para que el rey de Harlem cante con su muchedumbre* —lee ella en la base de uno de los cuadros—, *para que los cocodrilos duerman en largas filas/ bajo el amianto de la luna.* ¿De quién es el poema?—pregunta.

—De García Lorca.

—Ah sí, Lorca, por supuesto. Ya me parecía conocido.

Eduardo regresa con una bandeja donde ha puesto dos vasos, una botella de Bacardí y un pomo de refresco.

—Está frío, ¿lo quieres con hielo?

—No, así está bien.

Se sientan en el sofá. Por un rato no hablan, bebiendo de sus vasos y sumidos en la música. Ella parece concentrada en el material azul topacio de que está hecha la mesa. Luego se acerca y roza sus labios en una caricia leve.

—Ámame —susurra sensual y le rodea el cuello con sus brazos—, tanto como puedas, yo no te voy a pedir más.

Él la besa en la frente, el pelo dorado sobre la nuca, luego la carga en brazos, tan delgadita Alicia que sus huesos le parecen hechos de plumas, y la lleva al dormitorio.

El resto es oportunamente erótico. Se dedica a desnudarla sobre la cama y recorrerla con sus dedos y

labios como si fuera un niño, luego ella se pega a su cuerpo y le abre las piernas para que él entre, primero con movimientos tímidos, luego en pugna y en busca del placer más allá del límite, hacia una especie de torbellino arrebatado y panteísta donde los dos se fusionan en un solo cuerpo que es el todo.

Ya en el reposo y desmoronamiento de músculos que procede al acto, Eduardo le dice a Alicia que soñó con ella y le cuenta con lujo de detalles. Alicia sonrío

—¿Así que en tus sueños soy una especie de punk? Qué interesante —queda pensativa unos minutos, el tiempo que tarda un cigarro en consumirse—. ¿Y si sencillamente estás soñando una utopía adolescente? —Pregunta después—. ¿Un deseo insatisfecho? Freud decía algo de eso, que todos los sueños son deseos.

—Podría ser. Una Revolución que tuvo éxito. Yo más joven, casi de tu misma edad. Y para colmo, rockero.

—Te verías muy bien disfrazado de rockero, ja, ja.

—No juegues. Lo que me asusta es que esos sueños son demasiado vívidos, coherentes, todo parece perfectamente real, en cada detalle, hasta el paso el tiempo.

—¿Sabes? Al contarme tu sueño me hiciste recordar el libro de un antropólogo llamado Carlos Castaneda, que leí el otro día.

Ella se incorpora y se sienta recostada al respaldar de la cama.

—El tipo plantea que esta realidad y nuestra percepción de la misma está afianzada en lo que él llama el punto de encaje. Cada posición del punto de encaje permite la percepción de un mundo completamente diferente al mundo cotidiano, un mundo tan objetivo y real como el que percibimos normalmente. Cuando soñamos, ese punto de encaje se desplaza hacia otro lugar de nuestro huevo luminoso, y es como si viajáramos a otra realidad.

—¿Un mundo paralelo?

—No, no lo creo. Digamos que a otra percepción de la realidad, para nada similar a la de todos los días. Entonces, cuando despertamos, ese punto de encaje vuelve a su punto original. Hasta propone un método para hacerlo conscientemente. «El arte de ensoñar», le llama.

—¿Y describe esos mundos?

—Sí, pero no son ucronías, nada parecido a los tuyos...

—Ah, bueno... —Decepción. Él de pronto recuerda la cita con su amigo—. A propósito, ¿qué hora es? —mira el reloj despertador y comprueba que están a tiempo.

Ella va al baño y él se viste. Media hora más tarde los dos están listos. Cargan un par de botellas de vino en una bolsa y lamentan no llevar ningún regalo para el bebé y la madre. Ya en la esquina se detienen en una tiendecita para comprar un juguete. Por fin, se deciden por un colgante de peces y estrellas multicolores para la cuna. Demoran un poco antes de tomar un taxi.

El apartamento de Ramón queda al otro lado de la bahía, un barrio nuevo de edificios poco elevados al estilo Miami para familias de clase media. Muy cómica la carita de inocencia del bebé, que de pronto no sabe cómo reaccionar ante ese nuevo objeto de colores brillantes, que le han regalado.

Luego de la cena, con el bebé ya dormido y una botella semivacía, Ramón va en busca de unas horas impresas. Al regresar, se pone las gafas y entra directamente en materia.

—Lo averigüé. Fidel Castro, un abogado proveniente del Partido Ortodoxo, fue uno de los revolucionarios que dirigió el asalto al Cuartel Moncada, de Santiago de Cuba, en el año 53. La acción no tuvo éxito y después de retirarse, muchos de esos jóvenes fueron detenidos y masacrados por la policía de Batista. Fidel Castro y unos pocos lograron escapar a las montañas y allí ofrecieron resistencia hasta el final. Ninguno sobrevivió. Uno de los primeros grupos guerrilleros que se formaron en los 60 llevaba su nombre. Este grupo se disolvió después de la intervención norteamericana en abril del 65. Hasta ahí los datos que tengo.

—¿Me puedes dejar los papeles?

—Sí, claro. Los imprimí para ti. Pero bueno, ya me tienes intrigado ¿de qué se trata? ¿Vas a escribir un ensayo o una novela histórica?

Eduardo decide franquearse y le explica a fondo sus dilemas oníricos.

—Unos sueños bastante subversivos —se ríe su amigo—. ¿Y dices que nunca habías escuchado ese



nombre? A lo mejor lo leíste en algún lado y más tarde se te olvidó. Esa variante es más lógica que la de los universos paralelos.

—Puede ser.

—De todas formas, si quieres tener un porvenir tranquilo, no lo andes contando por ahí, va y te ganas una sesión con los paramilitares.

—Una revolución socialista en Cuba —interrompe Estela—. No lo creo. Sería una BMP.

—¿Qué es una BMP?

—Estela es matemática —explica Ramón—. Su tesis de doctorado trataba de las bifurcaciones fractales. Precisamente BMP son las bifurcaciones de mínima probabilidad.

—¿Y por qué mínima? —pregunta Alicia.

—Cuba es el país menos idóneo para realizar algo así. Piénsalo. Dependencia económica casi total de los Estados Unidos, una gran cercanía geográfica y una envidiable situación estratégica desde el punto de vista militar.

—Entiendo.

—A eso súmale las dos bases navales, Guantánamo e Isla de Pinos. La mejor demostración de que nunca admitirían un gobierno comunista en Cuba fue la intervención del 65.

—¿Y si la interacción económica se desconecta de Estados Unidos y se vuelve para Rusia o China?

—Muy peligroso. Es una BMP todavía mayor, equilibrios demasiado inestables, con una guerra nuclear como solución de conflicto. No, señor. La

historia permite accidentes, pero a la larga sigue las líneas de mayor probabilidad, esto también lo planeaba tu querido Engels. No importa que Hitler nunca hubiera existido, de todas formas habría surgido el nazismo y con él la Segunda Guerra Mundial. Todas las condiciones económicas llevaban a ello.

—¿Entonces?

—Nada. Que tienes unos sueños muy bonitos, pero nada realistas. Utopías adolescentes insatisfechas. De todas formas te los envidio.

Ramón y Estela, sus figuras desgarradas, diciendo adiós desde la puerta y ellos que regresan sin que Alicia le diga nada a Eduardo acerca de llevarla a su casa.

—¿Sabes, Alicia? Lo que dijo Estela me hizo pensar que este mundo también es una línea de mínima probabilidad.

—¿Por qué lo dices?

—Por todo eso de la *Datura cubensis*. A ver, ¿qué probabilidad había de que descubrieran una planta endémica así en pleno año 64, cuando había toda esa guerra civil en la isla? Y fíjate que fue un punto de gran bifurcación, a partir de ese descubrimiento todo cambió para siempre. ¿No lo recuerdas? Quedaban cinco o seis plantitas nada más en aquellos restos de mármol azul, a punto de extinguirse, y de pronto el descubrimiento, la explosión alucinógena, un millón de hippies de todas partes del mundo queriendo probarla y luego, la prohibición, el narcotráfico, corrupción, mafia, etc., etc. El mejor ejemplo de un efecto mariposa.